

El límite del límite

1998

Publicado en: *Barcelona metápolis*, Editorial Actar, Barcelona, 1998.

Puede que el límite sea un mito

Puede que no haya límites. Puede que ni nuestra piel sea el único límite realmente pensable. Puede que funcione infinitamente conectada con todo lo que le rodea a través de una accidentadísima geografía fractal de profundos poros y elevados pelos: “ABSOLUTA Y COMPLETA ABOLICIÓN DE LA LÍNEA FINITA (...) la acera puede subir sobre vuestra mesa y vuestra cabeza puede cruzar la calle mientras entre una cosa y otra vuestra lámpara ata su telaraña de rayos de yeso (...) y las diversas líneas de un jarrón de flores pueden perseguirse ágilmente entre las líneas del sombrero y las del cuello (...) una nueva realidad”(1). Todo, magma molecular, ya sin solución de continuidad (ni siquiera en el tiempo). ¿Dónde pues están los límites de nada? El límite... otra convención más.

El mar como límite

El mar como límite ¿de qué? No de la tierra, ni siquiera de la seca. No del asentamiento humano (“una nueva realidad: ABSOLUTA Y COMPLETA ABOLICIÓN DE LA LÍNEA FINITA”). Pero cuando llegamos a su orilla aún nos paramos, y miramos más allá, o nos ponemos a recorrerla inútilmente. Sólo el loco sigue caminando mar adentro sin detenerse. Sólo el que no entiende de convenciones, de límites: el que vive en “una nueva realidad”. La que va convergiendo en más y más autores hoy en día. La que es capaz de rasgar la tierra y arrastrarla más allá, mar adentro. La que, por ejemplo, presenta Fina Miralles en sus *Traslaciones* de 1973, donde una barca arranca un pedazo de terreno y lo traslada un poco más allá. Esos rasgamientos ayudan a entender la nueva pauta de percepción que debe tenerse cuando se llega hoy a la orilla del mar.

Aquí, Barcelona (aquí, cualquier población costera), donde ya puede empezar a liquidarse el paisaje del mar como límite: al trabajar en la “fachada marítima”, las líneas sobre el tablero de cualquier arquitecto municipal, en realidad, ya se prolongan por encima del agua, creando diques y plataformas ganadas discretamente al mar. Sin embargo, desde el pragmatismo de la administración pública todavía se habla precisamente de eso, de una “fachada marítima” y por tanto se hace otra vez explícita como límite; cuando este ha dejado ya de tener sentido; o a lo sumo se convierte en un límite trasladable (recuérdese *Traslaciones* y otras operaciones conceptuales parecidas, que despiertan la conciencia de la disolución del mar como límite), similar al de la frontera americana del pasado siglo, siempre móvil, capaz de dilatarse hacia el Oeste sin solución de continuidad aparente, como de hecho podría ocurrir hoy con nuestras “fachadas marítimas”. Es, en efecto, el construir en el mar una asignatura pendiente.

Durante milenios y milenios el mar ha sido el único competente en la creación de su propio paisaje. Antes, cuando el límite lo marcaba el mismo mar, en una línea fina y exacta cada vez; o salvaje, desmelenada, tras la tempestad, cuando aparecían en la playa 1000 trastos; o misteriosa, con un límite marcado por las costillas blancas de una ballena varada en la arena, espacio sacro, percepción de la arquitectura primigenia. Ahora, ese paisaje del mar se ha

girado, para pasar a delinarse desde tierra: el mar ya no se despliega como un límite sino como una inmensa parcela de terreno urbanizable. Con el acicate que nos han inoculado los *earthworks* de, por ejemplo, Robert Smithson: Utah (USA), 1970, una carretera-escollera se precipita en espiral más allá de la orilla, en el agua. Así, el *land-art* ha ayudado a enterrar el contextualismo, participando de ese giro de 180 grados. El paisaje ya no es un lugar que configura el entorno de la arquitectura, sino que la arquitectura constituye el propio paisaje. El arquitecto ya no se adecua al paisaje, sino que lo construye desde su arquitectura. El mar ya no define el paisaje de su límite, sino que ahora se hace desde tierra. La mirada de ese responsable-constructor de su propio límite “mar-tierra” se ha dado la vuelta por completo en esta nueva dirección “tierra-mar”.

De momento, aún, ahí donde el mar “no es del Estado”, en cuanto se puede, la gente se lo hace suyo, se meten dentro, lo edifican, viven en él, diluyen los límites. Una disolución que precisamente se enfatiza mediante la casualidad de una construcción popular no reglamentada. Lucha de lo casual contra lo causal. Sin embargo, lo construido que sigue literalmente el cumplimiento de las mediocres normativas, lo causal, deviene estupidez: justo los edificios que sí están dentro de la legislación, los que sí están permitidos.

Los edificios imitan a los humanos: ahí donde la gente se apiña, todo tipo de estúpidas construcciones la siguen y se apilan igualmente. Y esto sucede sin miramientos, a lo largo de todas las costas del mundo, como si fueran el último límite al cual llegar. Luego, cuando hombres y mujeres se marchan, ahí quedan como las excrecencias irreciclables de cualquier acto incivilizado. El construir estúpido debería estar prohibido, como lo está el conducir estúpido: ambas actividades son igual de peligrosas. Pero como de todas maneras se va a construir así, sería mejor si las edificaciones junto al mar —y por extensión, en cualquier parte— fuesen realmente temporales (de temporada), móviles, para no tener que esperar decenas de años a que desaparezcan. Mientras, permanecen agolpadas a lo largo de ese límite que piensan es la playa, polarizadas hacia una dirección como las aglomeraciones que en las horas punta esperan el metro en el andén, pero además untadas en apestoso aceite de sardinas.

Sin embargo, ahí donde las masas lo permiten, el niño todavía se estira al sol, sobre la húmeda arena, dejando que las olas lo acaricien con su frescura, aprendiendo en su mismo cuerpo la noción de límite. “El agua ha llegado hasta aquí en mi brazo”. “La derecha mojada, la izquierda no”. “Todo es metáfora de algo” que decía uno. El mar mismo la más grande. “Todo es arquitectura” que decía otro.(2) Y ahora “toda arquitectura es poca” y esta puede saltar al mar. Por su parte, la historia ha ido preparándolo todo para hacer posible ese salto, con la aparición a lo largo de este siglo de un *background* suficiente para ello. Un ruido de fondo que se remonta hasta la *casa sin fin* de Friedrich Kiesler, cuya extensión sin límites llevó a la *ciudad sin fin* de Hans Hollein, cuando se piensa el mundo entero urbanizado, sin solución de continuidad, a lo largo de los infinitos *edificios-autopista* de Le Corbusier, que de hecho pueden entrar en el mar, para ir ramificándose en los *metabolismos* de Kenzo Tange, en un vivir en el mar que corrobora cualquier plataforma oceánica petrolífera.

No hay límites

“El paisaje (el mar) ya no es un lugar que configura el entorno de la arquitectura, sino que la arquitectura constituye el propio paisaje”: al fin y al cabo, para la arquitectura, es un paso análogo (necesario) al dado en la escultura, cuando el espacio envolvente invisible pasa a formar parte de ella misma, o en la pintura, cuando elimina la decimonónica dicotomía de figura-fondo. Igual en la arquitectura con la disolución de los límites edificio-paisaje, texto-

contexto, mar-tierra. “ABSOLUTA Y COMPLETA ABOLICIÓN DE LA LÍNEA FINITA”: el mar puede subir sobre vuestras terrazas y vuestra cabeza puede cruzar la autopista que se introduce por vuestro pasillo-playa mientras entre una cosa y otra vuestros focos atan sus telarañas de rayos metálicos y las diversas líneas de las puertas pueden perseguirse ágilmente entre las líneas de una motora y las de un automóvil ¡“una nueva realidad”!

NOTAS

(1) Cita de Umberto Boccioni, de su manifiesto “La escultura futurista” del 11 de abril de 1912: recogida en CIRLOT, Lourdes (ed.), *Primeras Vanguardias Artísticas: textos y documentos*, pp. 92-93, Barcelona, Labor, 1993.

(2) “**Tout est architecture!**”, en LE CORBUSIER, *La Ville Radieuse*, p. 197, París, Vincet, Freal & Cía., 1964 (1935).



Foto 1



Foto 2



Foto 3

FOTOS

FOTO 1

Fina Miralles, *Traslaciones*, 1973.

FOTO 2

Robert Smithson, *Spiral Jetty*, Salt Lake, Utah (USA), 1970.

FOTO 3

Mariano Fortuny, *Desnudo en la playa de Portici*, 1874.